

1

—¿Estás ya a punto, nena? —Parecía como si Matt estuviera apretando los dientes mientras se clavaba en su interior una vez más—. ¿Quieres que siga acariciándote?

La frustración que sintió Rebecca tuvo el mismo efecto que un vaso de agua fría. No estaba demasiado excitada y cada vez que él le preguntaba qué quería que hiciera, el orgasmo se alejaba un poco más. No tenía sentido alargar aquella agonía.

—¡Ohhhh...! —suspiró, moviendo las caderas lo más deprisa que podía al tiempo que contraía sus músculos internos.

—¡Oh, sí! —gimió él en respuesta. Volvió a repetir lo mismo un segundo después, cuando se corrió.

Bueno, ¿había sido satisfactorio? No. Cuando Matt rodó sobre el colchón con un gemido de satisfacción, ella consideró seriamente decirle que se largara. Pero sabía que él no tenía la culpa. Lo había intentado; siempre lo intentaba. Preguntaba si lo que estaban haciendo funcionaba o si prefería probar otra cosa. ¿Cómo iba a decirle que lo que ella quería era que él supiera qué hacer en cada momento?

No podía explicarle que fingía casi todos los orgasmos. Y todavía peor, se sentía irritada por no poder decírselo. Después de todo, tampoco se excitaba nunca demasiado. Para ella, un orgasmo era casi como un estornudo; nada que ver con el terremoto que sus amigas describían, o con los aullidos de placer que escuchaban en el apartamento de al lado. ¿Cómo sería sentirse así? ¿Sentir un éxtasis tan extraordinario que no pudieras contener los gritos?

—¿Sabes, Rebecca? —intervino Matt como si hubiera leído sus pensamientos—. Nunca parece disfrutar demasiado cuando echamos un polvo. Y sé que mi técnica es perfecta.

Sin duda, le habían informado de ello sus novias anteriores. Bueno era saberlo. ¡Genial, gracias, Matt! Ahora se sentía totalmente humillada. ¡Maldición! Acababan de firmar el contrato de alquiler, habían comenzado a vivir juntos tan solo dos semanas antes y él ya estaba aburrido de ella. Tragó el nudo que tenía en la garganta.

—Quizá no hagamos buena pareja. —Rodó hacia un lado y miró por la ventana al edificio de apartamentos de enfrente, donde el sol se reflejaba en las ventanas.

—¡Eh, venga! No te pongas así. —Matt le dio una palmadita en el hombro—. Estamos muy bien juntos. ¿Dónde iba a encontrar yo una mujer que pudiera encajar tan bien en mis cenas de negocios? ¿Y qué otro tipo iba a permitir que lo arrastraras a una exposición de arte en Mission?

—Sí, es cierto. —Ella misma los había considerado la pareja perfecta casi desde el principio. Fiel seguidora de las enseñanzas de su siempre práctica madre, había creado una lista con las características que debía poseer el hombre ideal para ella y en el momento en que conoció a Matt se quedó sorprendida por lo bien que encajaba. Era agradable y en-

cantador. Elegante y con sentido de la moda. Les gustaban las mismas películas y libros y tenían amigos comunes. Los dos poseían buenos empleos y ganaban sueldos similares. Además, Matt tiraba más a metrosexual que a viril. Sin duda era un buen conversador y, como colofón, le gustaba la comida china.

Es posible que tuviera que haber incluido el sexo en aquella lista, pero jamás lo consideró demasiado importante. Así que —y dejando el sexo a un lado—, Matt y ella eran muy compatibles. Se volvió hacia él con un suspiro.

—Imagino que tienes razón.

Matt seguía tendido boca arriba en la cama y mostraba el mismo aspecto envidiable de siempre: cabello rubio con un corte a la última, músculos trabajados en un exclusivo gimnasio y un intenso bronceado, recuerdo de su último viaje de negocios a San Diego. Estaba segura de que a la mañana siguiente, él se levantaría de la cama, ingeriría algún asqueroso y saludable alimento bajo en calorías, y se marcharía a su trabajo en la Bolsa, feliz de la vida.

Y no le cabía duda de que su satisfacción sería pareja a la de él. Después de todo, la directora general de una puntera agencia de publicidad estaba considerando ofrecerle el puesto como responsable artística de la firma, uno de los más importantes. Además, la suave brisa movía las cortinas a través de la ventana abierta y traía consigo el olor a mar de la bahía de San Francisco, acompañado del persistente perfume a lluvia primaveral. Sin duda vivía en la mejor ciudad del mundo.

—Se me ha ocurrido una idea, aunque quizá no te atraiga... —Matt se giró hacia ella y se apoyó en un codo—. Pertenezco a una especie de club y pensaba ir a pasar el puente del Día de los Caídos con ellos en las montañas.

—Sí, recuerdo que me comentaste que no estarías en la ciudad. —Se mordió el labio. Quizá después de todo no eran tan compatibles como ella creía. Por lo que Matt había contado hasta entonces, los únicos lugares a los que pertenecía eran su gimnasio y algunas asociaciones empresariales—. ¿De qué club se trata?

—Es un club de *swingers*.

—No me tomes el pelo. —Pero él no sonrió. No estaba de broma—. ¿Hablas en serio? ¿*Swingers*? ¿Te refieres a los que hacen intercambios de pareja?

Lo vio encogerse de hombros, entre avergonzado y jactancioso.

—Sí, a esos. Nos reunimos cada dos meses, durante un fin de semana... Creo que la última vez coincidió que tú estabas en aquel seminario en Chicago. Como te decía, somos unos veinte socios en el club y...

—¿Has estado acostándote con otras veinte personas? ¿No se te ha ocurrido que me hubiera gustado saberlo? ¡Por Dios, Matthew! ¿Te das cuenta de cuántas enfermedades podrías haberme contagiado?

Él alzó la mano.

—Tranquilízate, nena. Usamos preservativos y nos hacemos análisis con frecuencia. ¿Vale?

La opresión que sentía en las entrañas se aflojó un poco.

—Bueno, menos mal.

—Tampoco es que tú y yo tengamos una relación exclusiva, ¿no?

—Ya. —Que ella no se dedicara a acostarse con todo el vecindario no significaba que él no pudiera hacerlo. Desde el principio habían estado de acuerdo en que lo suyo no era un noviazgo al uso y, sin embargo... ¡Santo Cielo! Sí, claro, su libido y la de él no parecían coincidir,

pero ¿a quién se le iba a ocurrir que él solucionaría la cuestión de esa manera?

Y ella pensando que Matt tenía fobia al compromiso debido a las circunstancias que envolvieron su última relación, obligándose a no presionarle. «¡Genial, Rebeccal!».

—Así que tienes pensado pasar el fin de semana en una orgía...

Le vio poner los ojos en blanco a pesar de la penumbra de la estancia.

—No es una orgía. Solo hacemos intercambios y, en ocasiones, algunas parejas participan en un cuarteto. Solo eso. O así suele ser... —explicó él con una sonrisa.

—Ah, bueno, si es solo eso... —ironizó en tono seco.

—Es divertido. Acompañame en esta ocasión, nena. —Le tomó la mano—. Hemos reservado un lugar de turismo rural en las montañas. Las habitaciones son cabañitas de madera que se esparcen entre los pinos. No habrá nadie más. Nos marcharemos el viernes después de trabajar, estaremos allí el fin de semana y el puente de Los Caídos. Regresaremos el miércoles. Toda la gente es muy agradable y el sexo se convierte en algo increíble. Incluso podrías llevar tus útiles de pintura.

—¿Cabañitas de madera? —Lo miró con incredulidad. No había pedido vacaciones desde que terminó la carrera, y si lo hiciera prefería inclinarse por un lugar cálido y soleado, con servicio de habitaciones. Pero ya estaba bien de irse por la tangente, estaban hablando de sexo—. ¿Quieres que me acueste con otras personas? Matt, no me va nada ese rollo.

La sonrisa de Matt desapareció.

—Rebecca, necesitamos darle un poco de vida a nuestra relación. Se ha convertido en algo...

«Inadecuado... insatisfactorio...». El portazo que había

dado su padre dos décadas antes reverberó en sus oídos como si acabara de ocurrir. «Eres gorda y aburrida, igual que la cría. Me largo». Notó como si las costillas le apresaran los pulmones hasta que no pudo respirar. Meneó la cabeza con frenesí.

—Bueno —añadió Matt, mirándola—, eso es lo que me pasa a mí.

Eso significaba que no le parecía excitante mantener relaciones sexuales con ella. ¿Cómo no lo había visto venir?

—¿Y qué ocurre con lo que me gusta a mí? ¿Con los planes que pudiera tener? ¿Y qué me dices del contrato de alquiler? —preguntó ella entumecida.

—¡Eh, no estoy insinuando nada! —se defendió él con ligereza—. Acompáñame este fin de semana. Estará bien... Y quizá te ayude a perder alguna de esas inhibiciones que te atenazan.

Ella se mordió la lengua para contener un instintivo «ni hablar» porque, tal y como él lo había expuesto, tenía algo de razón. En su vida sexual faltaba algo... No, si era realmente sincera consigo misma, era a ella a la que le faltaba algo. Pero ¿acostarse con más personas? ¿Hacer el amor en grupo? No podía hacer eso...

—Matt...

—Venga... Solo durante este puente. Vamos a intentarlo...

Intentarlo. Trató de imaginarlo... «Un desconocido entraría en su habitación... Ella dudaría. Entonces, él la sujetaría para clavarla en el colchón y obligarla a cooperar...». Notó que el clítoris comenzaba a palparle como si estuviera usando el vibrador.

—Bueno, quizá...

Él le acarició el hombro.

—De veras... Llevo tiempo deseando que te unas a nosotros.

Y si no lo hacía, su relación llegaría a su fin. Era evidente. «Nada de aburrimiento».

—Sexo del bueno, ¿verdad? ¿Por qué no?

El coche avanzó por aquel interminable camino de tierra. Los baches hacían que se bamboleara sin parar y Rebecca sentía como si todos los huesos de su cuerpo estuvieran a punto de convertirse en astillas. Las luces del automóvil creaban un túnel de luz entre los árboles que, de pronto, se abrió al llegar a un claro.

«Serenity Lodge». Por fin.

—Por fin —dijo Matt como si le hubiera leído los pensamientos, mientras dirigía el vehículo hacia un aparcamiento medio escondido entre árboles y arbustos.

Ella suspiró, aliviada de que el viaje hubiera terminado. Una oleada de expectación hizo hormiguitar sus terminaciones nerviosas.

—¿Y ahora qué hacemos?

Él le dio una palmadita en el muslo.

—Esta noche no haremos nada. Vamos a registrarnos, desharemos las maletas y nos acostaremos pronto.

—Me parece una idea estupenda. Estoy agotada. —Lo único que quería hacer esa noche era meterse en la cama.

Antes de salir de la ciudad, había tenido que terminar todo el trabajo pendiente, reunirse con su equipo y el redactor. El puesto que ocupaba no le permitía relajarse, su jefa jamás le quitaba los ojos de encima.

Salió del BMW descapotable y respiró hondo. El aire era tan frío y vivificante que le hizo arder los pulmones. Alzó la

mirada a los altos pinos y más allá; la oscura noche estaba plagada de brillantes puntos blancos. Parpadeó sorprendida. ¡Caray! Las estrellas eran más grandes fuera de la ciudad, ¿verdad? Allí se veía el cielo tan estrellado como en el lugar que vivía con su madre antes de que se mudaran a San Francisco, después del divorcio de sus padres.

—¿Has visto las estrellas?

—¿Qué has dicho, nena? —preguntó Matt, con la cabeza metida en el maletero.

—No, nada, nada.

Tras sacar las dos maletas, Matt cerró el maletero y le entregó la suya.

Atravesaron el aparcamiento hasta un impresionante edificio de dos plantas. Tuvo ciertas dificultades para subir su maleta al porche antes de seguir a Matt hasta un salón enorme. Numerosos sofás de cuero, sillones de color rojo oscuro y una alfombra rústica formaban un acogedor rincón para estar en la sala. En una de las paredes había una chimenea de piedra rodeada de librerías llenas de volúmenes en la que crepitaba el fuego. En el extremo opuesto había cuatro hombres jugando a las cartas.

Una mujer sentada cerca de la chimenea hizo un gesto de bienvenida a Matt. De pronto, las personas parecieron surgir de todas partes.

Matt parecía radiante; estrechaba las manos de los hombres e intercambiaba besos con las mujeres.

—Rebecca, te presento a Paul y Amy.

Ella movió la cabeza, sonriente, intentando memorizar cada nombre con su cara correspondiente. Paul y Amy; él era un hombre alto y calvo y ella una delgada morena con la piel muy bronceada. Ginger y Mel; una pelirroja y un tipo bastante grueso. Serena y Greg; una rubia y un intelectual con gafas.

A partir de ahí se perdió, pero fue consciente de una cosa: los hombres eran diferentes, pero todas las mujeres estaban muy bronceadas y no les sobraba ni un gramo de grasa. Si aquel era el criterio que seguían para aceptarlas, ella no iba a encajar. Notó una opresión en el corazón, ser la más torpe de la clase de aeróbic le pasaba factura. ¿Ocurriría lo mismo con la gimnasia sexual?

—Encantada de conoceros —comentó mientras se fijaba en los gruesos jerséis de lana, las camisetas y los vaqueros. Todo el mundo iba de *sport*. ¿Por qué Matt no le había hecho alguna indicación sobre la indumentaria que debía usar? Ella seguía llevando el traje de chaqueta con el que había ido a trabajar esa mañana, aunque si lo pensaba fríamente, no hubiera tenido demasiado donde elegir. Salvo los vaqueros Ralph Lauren, que le habían costado un ojo de la cara, su guardarropa estaba formado por ropa más formal o sudaderas manchadas de pintura.

—Venga, vamos a formalizar el registro. Luego llevaremos nuestras maletas a la cabaña —indicó Matt, empujándola hacia el escritorio que había a la derecha de la puerta principal.

Un ronco gruñido la dejó paralizada. «Un perro». La maleta cayó en el suelo con un ruido seco y dio un paso atrás. El corazón se le aceleró en el pecho mientras intentaba mantener la calma y no correr hacia la puerta. Un chucho al que permitieran estar en el interior de un negocio no podía ser un animal violento... No podía...

—Venga, Rebecca. ¿Quieres registrarte ya? —presionó Matt con impaciencia.

—Bien. —Se obligó a caminar, a poner un pie tras otro. ¿Dónde estaba el perro? Miró al suelo mientras el hombre que había sentado tras el escritorio le daba la mano a Matt.

Allí mismo. Al lado de aquel tipo. Era una bestia enorme con el pelaje marrón oscuro y el hocico negro. El animal la miró antes de emitir otro gruñido.

—*Thor* —advirtió el hombre en voz baja, con la cabeza casi a la altura del perro—. Abajo.

El chucho se tumbó en el suelo sin dejar de mirarla.

—Rebecca, te presento a Logan Hunt. Es el propietario del Lodge —explicó Matt.

—¡Matt! —gritó una mujer desde la puerta—. Ven a echarnos una mano. Estamos decidiendo qué podemos hacer mañana.

—Voy —repuso él. Le dio unas palmaditas en el brazo—. Venga, Rebecca, sigue tú con el registro. Estaré en el porche con Paul y Amy.

Ella asintió con la cabeza, incapaz de apartar la mirada del perro.

—Rebecca, mírame a mí, no al perro. —Una voz ronca y profunda la arrancó de su ensueño y la obligó a mirar al hombre. Parecía tan maligno como su perro, con acerados ojos azules en un rostro curtido y bronceado. Un rostro despiadado cubierto con barba incipiente y con una cicatriz blanca que le atravesaba el pómulo. Tras ofrecerle un bolígrafo, el hombre señaló el papel que tenía delante. Nombre y dirección, aquí. Y firma también la hoja de renuncia.

—¿De renuncia?

Lo vio curvar los labios.

—Así no podrás demandarnos si te caes por la montaña y te rompes el cuello.

En efecto. Rellenó el papeleo y tomó la maleta que sostuvo como si fuera un escudo por si acaso el perro se movía. Cuando el propietario del negocio se levantó, ella dio un paso atrás. Medía al menos uno ochenta y cinco y parecía

llenar aquella camisa de franela color vino con poderosos músculos. Llevaba las mangas enrolladas, dejando a la vista los gruesos antebrazos surcados de venas. Las manos, de grandes huesos, estaban llenas de cicatrices. Su pasado debía de haber sido muy intenso.

—Te enseñaré la cabaña. —Cuando se acercó, con el perro pisándole los talones, ella no pudo moverse. Aquel animal podía desgarrarla en un instante, derramar su sangre, desgarrar su...

—Venga, cielo, abre la mano. —Percibió un destello de diversión en sus ojos al intentar sujetar la maleta que ella sostenía.

—Lo siento —susurró. Matt se había ido, la había dejado sola... con aquel perro.

El animal seguía mirándola sin dejar de gruñir.

—*Thor*, sé bueno —advirtió el hombre.

El perro se calló, pero ella supo que quería morderla.

—Nota que le tienes miedo y está comportándose como un matón. —El hombre se acercó hasta que ella tuvo que alzar la cabeza para verle la cara. Aquel perro no era el único matón de la estancia. Sin embargo, cuando sus miradas se encontraron, ella supo de alguna manera que él no permitiría que resultara herida.

Notó la mano del hombre en la parte baja de la espalda, indicándole que se dirigiera a la puerta.

«¡Qué mujer tan guapa!», pensó Logan. Tenía los ojos verdes más grandes que hubiera visto en su vida, y reflejaban todas las emociones que la atravesaban; en ese momento, puro miedo. ¿Qué hacía un tímido ratoncito entre ese rebaño de yuppies salidos?

Escuchó el roce de las garras del perro en el suelo y se volvió hacia el animal.

—*Thor*, espérame aquí.

Tras una larga pausa y una mirada que decía «no puedes hablar en serio», *Thor* regresó a su lugar junto al escritorio y se dejó caer en el suelo con un afectado suspiro.

Sin duda aquel enorme e intimidante chucho podía ser un actor de primera. Él sonrió y siguió al ratoncito que respondía al nombre de Rebecca fuera de la estancia.

Interesante... Toda muestra de timidez o temor desapareció en el momento en que se dio cuenta de que el perro no los acompañaba. Notó que erguía la espalda y alzaba la cabeza. Ahora ya parecía la auténtica mujer de negocios que su pelo recogido en una trenza francesa y su traje oscuro proclamaban. Aquel tipo de prendas de diseño lograban ocultar los mejores atributos de una mujer y hacían que se percibiera tan solo su éxito laboral. Una lástima sin duda. Esa en concreto tenía un exuberante cuerpo que debía exhibirse, no esconderse. Y ya fuera vestida de marca o no, no lograba ocultar las pecas que bailaban en sus mejillas y en el puente de la nariz.

Mientras esperaban a que Matt se despidiera de los dos miembros de su club con los que estaba hablando, Logan apoyó la espalda en una columna del porche. ¡Joder!, estaba exhausto, el cansancio se le había filtrado hasta los huesos. La noche anterior había tenido dos pesadillas que no le dejaron dormir, en especial la última. Se frotó el rostro con las manos. Las balas y los proyectiles no eran tan malos, pero cuando soñaba con obuses y veía pedazos de sus compañeros volando por los aires... la cosa cambiaba.

Una puta mierda. Lo odiaba.

Cuando por fin Matt se reunió con ellos, guio a la pareja

hacia la fila de cabañas situadas a la izquierda del edificio principal. Las de la derecha habían sido las primeras en ser ocupadas. Serenity Lodge no era un negocio demasiado grande, pero cuando estaban ocupadas todas las cabañas, los beneficios daban de sobra para que su hermano y él disfrutaran de buenos ingresos.

Entraron en la cabaña y encendió la luz. Observó cómo la joven estudiaba el dormitorio. La enorme cama que dominaba la estancia estaba cubierta por una colcha azul con motivos dorados que, o muy mal recordaba o parecían estrellas tejadas. Dos mesillas de noche, una cómoda, una pequeña estufa de leña en la esquina... dos sillones, una mesa redonda junto a la ventana y una alfombra azul y verde tejida a mano por la tía Marg completaban el mobiliario. El pequeño cuarto de baño ocupaba la parte del fondo. Muy rústico para la chica de ciudad que tenía delante.

Parecía un poco sorprendida. La vio acercarse a la cama y acariciar la colcha.

—A veces piensas que dos colores no deberían mezclarse y, cuando lo hacen... Quien haya confeccionado esto tiene un gusto exquisito —comentó ella.

—Le diré a tía Laverne lo que has dicho. Se sentirá encantada —repuso él.

Matt entró en ese momento y dejó la maleta junto a la puerta antes de acercarse a su novia. Le puso un brazo en los hombros antes de inclinarse para besarla en el cuello.

—Bienvenida a nuestro nidito, nena.

Ella se puso rígida y le miró a él como si se sintiera incómoda con aquella demostración pública de afecto.

Tuvo que contener la risa. Sin duda, esa chica estaba relacionándose con gente poco adecuada.

La vio zafarse de Matt.

—Estoy cansada.

Matt la miró vacilante, pasando la mirada de la chica a la puerta como si allí fuera hubiera un imán y no pudiera resistirse a su atracción.

—Si estás segura...

—Lo estoy.

—Vale. —Matt dio un paso hacia la puerta antes de detenerse—. Ah, con respecto a la estufa de leña...

—No te preocupes, yo le enseñaré a manejarla —intervino él, dejando la maleta de ella junto a la otra.

—Gracias, Logan. Enseguida vuelvo, nena. —Matt salió de allí como si temiera que alguno de ellos fuera a intentar detenerlo.

Vaya, vaya, parecía que alguien tenía ganas de marcha esa misma noche. Esbozando una cínica sonrisa, señaló la vieja estufa de hierro con la mano y se arrodilló para llenarla con algunos de los trozos de madera y papeles que había al lado. Ella estaba tan cerca que le rozó la cadera con el hombro. Y era una cadera suave y redondeada. Mientras encendía el fuego y regulaba el aire, el aroma de esa mujer le envolvió. El olor de su colonia era agradable, pero la esencia femenina que percibía debajo le dio ganas de desnudarla y comprobar si sabía tan dulce como parecía. Carraspeó mientras la observaba dar un paso atrás.

—¿Lo has pillado?

Ella frunció el ceño y miró la estufa como si fuera un rompecabezas esotérico que él tuviera que explicarle antes de asentir.

—Creo que lo he pillado. Gracias.

Para su profundo alivio, ella se acercó a la librería que había junto a la cama. Se puso en pie mientras ella cogía un libro con un grito de alegría.

—*¡Mujercitas!* No he vuelto a leerlo desde que dejé el colegio.

Cuando sus ojos brillaban de esa manera, perdía cualquier rastro de dureza urbana y solo se veía una mujer atractiva. Muy atractiva. Sus labios rosados pasaban de estar hechos para besar a convertirse en un arma carnal.

—¿Hasta qué hora puedo dormir? ¿Cuáles son los horarios establecidos para las comidas? —preguntó sin soltar el libro, que aferraba como si fuera un preciado tesoro.

—El grupo con el que vienes suele hacer turnos en la cocina. De todas maneras, siempre hay disponible café y entremeses.

—Seré de las primeras en tomar café cada mañana. —La vio arrugar la nariz de una manera adorable que hizo que las pecas que sombreaban el puente se movieran—. Soy adicta a la cafeína.

—Entonces coincidiremos allí. —Se dirigió a la puerta y se detuvo en el umbral. Las mujeres hermosas afectaban de una manera muy extraña a la mente masculina. Sacó las llaves del bolsillo—. Aquí tienes tu llave. Le daré a Matt la suya en la casa.

Ella cruzó la estancia y tomó la enorme llave antigua de su palma al tiempo que le miraba con una sonrisa que hizo aparecer un hoyuelo en su mejilla.

—Estupendo. Posee un lugar muy interesante, señor Hunt.

—Llámame Logan. —Sin poder contenerse, le pasó un dedo por la mejilla, comprobando que la piel era tan suave como parecía. ¡Maldición!—. Bienvenida a Serenity Lodge.